

El 98 cubano. Un abordaje histórico–filosófico desde la idea de guerra. Los aportes de José Martí

*Cuban 98. A Historical–philosophical Approach from the Idea of War.
José Martí's Contributions*

Claudio Gallegos¹

Resumen

Dentro de la variedad de miradas que se han establecido en torno del 98 cubano desde la historiografía, se considera de suma importancia realizar un cuestionamiento histórico–filosófico sobre el conflicto, pero partiendo de la idea de la “guerra” como concepto complejo. En este escrito se busca teorizar sobre la guerra, con el fin de dar a conocer los postulados de José Martí al respecto, en relación con los debates suscitados en el marco de los neocolonialismos y el desarrollo del proceso independentista de Cuba.

Palabras clave: Guerra; José Martí; 98 cubano.

Abstract

Among the many views that has been established around Cuban 98 from the historiography, we consider of extreme importance to make a historical–philosophical questioning about the conflict, but starting from the idea of war as a complex concept. In this paper we theorize about war to show Jose Martí's postulates in this respect, particularly in relation to the debates raised around neocolonialism and Cuban independence process development.

Keyword: War; José Martí; Cuban 98.

1 Investigador y docente, CONICET / Universidad Nacional del Sur, Argentina.
<cgallegos80@gmail.com>

El 98 cubano² representó un hecho complejo, de aristas casi infinitas de análisis. Dentro de esta complejidad podemos destacar el tema de la guerra. Cuba se enfrentó en armas con España desde inicios del siglo XIX, aproximadamente, para acentuar las batallas a partir de la mitad del mencionado siglo. Estos enfrentamientos tuvieron características particulares y en algunos casos inusuales para el estudio de las guerras modernas.

En 1898 Estados Unidos ingresó en la contienda declarándole la guerra a España, la cual se desarrolló en territorio cubano. Esta particularidad de una guerra contra la opresión colonial, sumada a la intervención de una naciente potencia, que no luchaba codo a codo con cubanos porque ya estaba prácticamente ganada, nos generó la necesidad de teorizar sobre la misma para esclarecer y complementar el estudio del mentado 98, que hemos hecho en otras oportunidades.

El *Diccionario de la Real Academia Española* sostiene que la guerra representa una desavenencia y rompimiento de la paz entre dos o más potencias; lucha armada entre dos o más naciones o entre bandos de una misma nación (www.rae.es). Estas definiciones nos dejan en claro la indiscutible presencia de las armas, el enfrentamiento entre potencias o bandos, sumando también otro concepto importante, como es el de nación, una consideración obvia a la paz y un olvido u omisión sobre la soberanía.

En este sentido, tendremos en cuenta a la guerra desde un abordaje histórico-filosófico, analizándola como fenómeno social y el papel que adoptó en cuanto legitimadora de un Estado y de las relaciones internacionales.

2 Cuando hablamos de 98 cubano hacemos referencia a una serie de hechos que tuvieron lugar en Cuba en un proceso que excede el año indicado. Nos referimos al conflicto hispano-cubano-estadounidense de fines del siglo XIX en territorio caribeño. Utilizamos dicha conceptualización como referente de identidad, partiendo de un nosotros y como alternativa a lo establecido. Creemos que es indispensable considerar las particularidades propias, desde la ética y el derecho hasta la educación y la economía como un lugar central dentro de nuestro complejo espacio regional. No olvidemos que las conceptualizaciones “heredadas desde el centro” representan un tipo de violencia epistémica, propia de la(s) globalización(es).

Asimismo, exponemos las reflexiones de la guerra en Cuba más allá de una apreciación del estudio de las teorías sobre la misma. Es decir, desarrollamos cómo fue pensada, planteada y llevada a cabo haciendo especial énfasis en los postulados de José Martí (1853–1895) como principal teórico de la guerra en Cuba, aunque, como sabemos, también llegó a la acción. Intentamos sintetizar la teoría martiana no entendida como un suceso bélico, sino más bien como una construcción política e ideológica en la conciencia nacional.

Formas de lucha y composición de las fuerzas genuinas

Varias son las teorías que se han reproducido en torno a la guerra a lo largo de la historia de la humanidad, entre las que se destacan, como dimensiones problemáticas, su naturaleza, las causas, tácticas y estrategias, y un extenso etcétera.

Desde Sun Tzu (544 a. C.–496 a. C.), Alejandro Magno (353 a. C.–323 a. C.), Aristóteles (384 a. C.–322 a. C.) y Aníbal (247 a. C.–183 a. C.), pasando por Nicolás Maquiavelo (1469–1527), Bartolomé de las Casas (1484–1566), Francisco de Vitoria (1486–1546), Thomas Hobbes (1588–1679), junto a Charles Louis Montesquieu (1689–1755), Immanuel Kant (1724–1804), y Napoleón Bonaparte (1769–1821), Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz (1780–1831), Basil Liddell Hart (1825–1970), Helmuth von Moltke (1800–1891), hasta los más recientes Mao Tze Tun (1893–1976) y Michel Foucault (1926–1984), entre otros, varios son los aportes al estudio de esta temática.

Podemos primero rastrear dos grandes causas por las cuales se inicia una guerra. Por un lado, y desde un punto de vista antropológico, hay quienes sostienen que la naturaleza humana es intrínsecamente violenta y, por lo tanto, es una cuestión natural; por otro lado, se sostiene que la guerra se relaciona con la estructura interna de los Estados y de sus propias ambiciones. Lo cierto es que estas dos causas son muy generales y para el estudio de las guerras contemporáneas resultan un tanto incompletas por las particularidades mismas del mundo actual.

Las teorías sobre la guerra en general siempre destacan interdependencia entre las configuraciones políticas de la humanidad y los medios

bélicos utilizados para defender dichas configuraciones. Desde los simples y primigenios armamentos hasta las armas de destrucción masiva, las *polis*, los feudos, los imperios, los reinos, los Estado-nación, etc., han demostrado la capacidad de enfrentamiento en busca de diversos objetivos. En nuestro caso solo nos detendremos brevemente en los principales puntos de los postulados de Maquiavelo, Francisco de Vitoria, Hobbes, Kant y Clausewitz, quienes representan las teorías más estudiadas, y, en algún punto, más disímiles entre sí.

El arte de la guerra

Nicolás Maquiavelo es el primer estudioso moderno en considerar la guerra desde un punto de vista netamente político. Refiere íntimamente a quienes se encuentran en el poder, en el gobierno, es decir, que la dimensión bélica forma parte de las reflexiones de cualquier Estado: “debe el príncipe, por tanto, no tener otro objeto ni otro pensamiento, ni adoptar como propio ningún otro arte como no sea el de la guerra, su orden y disciplina; porque es el único arte que se espera ver ejercido por el que manda” (citado en Fernández Vega, L. 2005, 19)³.

Dell'arte de la guerra, redactado en 1520 y publicado en Florencia hacia 1521, representa, posteriormente, una de sus obras más conocidas en donde pone en diálogo al *condottiere* Fabrizio Colonna con una variedad de personajes de Orti Rucellai⁴. Allí deja ver su preferencia por la infantería sobre la artillería y la caballería. Es un tratado militar en donde los temas políticos se entrecruzan con debates técnicos de tácticas y estrategias para la guerra. De todas maneras, no fue un texto de considerable importancia para la época.

3 Se recomienda ver también Maquiavelo, N. 2002.

4 Los jardines de Rucellai (*Orti Oricellari*) representan el lugar en donde se reunían jóvenes florentinos junto a Maquiavelo, desde 1515. Allí funcionaba el círculo neoplatónico florentino de los *Orti Oricellari*, que estuvo presidido hasta 1506 por Bernardo Rucellai, hijo de Giovanni.

Uno de los puntos que se reconoce en dicha obra fue su oposición a la contratación de mercenarios, algo que para la Italia (y Europa) del momento era muy usual. Este tópico se relaciona íntimamente con los gastos militares, que provocaron una crisis financiera en la época de Maquiavelo. Su propuesta radica en la conformación de milicias ciudadanas en remplazo de los mercenarios, que eran costosos. También se caracteriza por darle valor a la guerra ofensiva, algo totalmente opuesto a las particularidades propias del Medioevo. Asimismo plantea que el fin de la guerra es la victoria y que los militares se deben guiar por el amor y la paz.

Aunque desde el punto de vista “técnico” la obra resulta un tanto anacrónica para el mismo momento en que se publica (subestimación del valor táctico de la artillería o subestimación del método del combate suizo), el poner de relieve los vínculos entre factores militares y políticos implica una mirada renovada sobre el género. Así, el texto que citamos con anterioridad no puede ser leído de manera escindida de otras obras del autor, tales como *El Príncipe*.

De las causas justas e injustas

Según el cristianismo, la voluntad de Dios era que la paz reinara entre los hombres, y solamente por el pecado esa paz se podía perder momentáneamente. En esas circunstancias pesaba sobre la humanidad la guerra, como una consecuencia de la caída original. De esta manera, la guerra es concebida como mala por naturaleza, y solo se permite cuando es inevitable repeler una injusticia. Esta doctrina fue la que inspiró la teoría de Francisco de Vitoria.

Partiendo de la explicación y justificación de la conquista de América, Vitoria investiga en su obra *De Indis* las posibles causas justas e injustas de ese acontecimiento. Realiza un catálogo de causas justas e injustas (concluye que son siete los motivos que no justifican la conquista, pero otros siete sí son legítimos), y considera que en cada enfrentamiento uno de los adversarios tiene razón. De esta manera, Vitoria rechaza, por lo menos en un principio, el hecho de que ambos adversarios puedan ser a la vez beligerantes justos o injustos. Apela, sin embargo, a la posibilidad de

que el considerado enemigo injusto lo sea por lo menos subjetivamente de buena fe, o crea estar en su derecho. Asimismo, pone en duda la justicia de la guerra si el fin que pretende exige sacrificios desproporcionados, pero afirma que por justicia no es necesario considerar quién comienza con las acciones bélicas, es decir, que se puede llevar a cabo una guerra defensiva como también una ofensiva, siempre que exista una justa causa.

La teoría vitoriana nos lleva a concluir en la presencia de culpables e inocentes, basados en el derecho natural y no en quien quebranta la paz. Vitoria no puede concebir la prohibición a un Estado de agredir a otro, si se encuentra en su derecho, solamente por perturbar la paz. Esta idea representaría uno de los fundamentos de las posturas modernas de la guerra. Por último, Vitoria sostiene que quien logra el triunfo en el combate se convierte en juez frente al vencido, por él considerado culpable.

La guerra de todos contra todos

La escuela iusnaturalista sostiene la hipótesis de la existencia de un estado pre-social, también conocido como de naturaleza, en donde los individuos vivían aislados entre sí y sin la presencia de leyes de regulación. Este estado de naturaleza es representado de diversas maneras en función de los distintos filósofos que teorizaron sobre el mismo.

Thomas Hobbes plantea la reducción de la naturaleza a cuerpo y movimiento; así, llega a afirmar que toda la realidad natural, psíquica o social, es, en el último de los casos, corpórea, lo que nos lleva a considerar que hay un solo principio de todo lo que ocurre: el movimiento. A partir de aquí sostiene que el egoísmo, en relación a la propia conservación, junto con la búsqueda del lucro y la acumulación desmesurada de bienes, representa el móvil esencial de los individuos. Esto genera competencias entre las personas que decanta en la guerra de todos contra todos, siendo éste el estado natural de los hombres. Así, es necesaria la presencia de un pacto para salvaguardar la existencia del Estado y el disfrute de las propiedades privadas.

Hobbes universaliza este modelo de sociedad competitiva. Una sociedad individualista, movida por el lucro y la acumulación genera,

entonces, la guerra de todos contra todos. Para el caso de las naciones apela a la misma lógica de pensamiento y desarrolla una explicación en donde plantea que la guerra entre Estados parte del afán de conquistar nuevos territorios, de salir ganadores dentro de una competencia voraz.

La paz perpetua

Al igual que Hobbes, Immanuel Kant sostiene que la guerra se encuentra en la esencia belicosa de los hombres. Comienza preguntándose ¿cómo se llega a la paz?, para luego considerar la paz perpetua, entendida, hasta un punto, como una utopía que se podría lograr por medio de avances progresivos, como puede ser la creación de una confederación de Estados. Pero sus contemporáneos ven en sus razonamientos únicamente treguas provisionales.

Los escritos de Kant que merecen ser destacados en cuanto a la temática de la guerra son: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita* (1784) y *Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor* (1797). En ambos se esfuerza por demostrar el proceder de la humanidad hacia su destino que, según él, es la paz perpetua. Y es justamente en su trabajo *Sobre la paz perpetua* (1795), donde desarrolla su teoría de la configuración de un orden cosmopolita organizador.

Kant sostiene que por medio de la guerra se logrará sellar la paz entre los Estados gracias al establecimiento de normas comunes. De esta manera, la guerra sería la causa última de la existencia de la sociedad en el sentido que genera una situación insostenible para el desarrollo de la vida de los hombres, obligándolos a buscar ayuda y apoyo en las leyes y en las comunidades. Pero por otro lado, y más allá que esté en contra de las guerras mercantilistas, sostiene que las mismas también pueden ser pensadas desde sus efectos civilizatorios. En este sentido, la cualidad ética que encontraba la guerra en la teoría kantiana es cuestionable, considerando la jerarquización que genera pensar en civilizaciones guías de otras.

De la guerra

Carl von Clausewitz fue un militar prusiano de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX que se destacó más por su desempeño como teórico de la ciencia militar moderna. Su obra más afamada la representa el tratado conocido como *Vom Kriege* (De la Guerra), compuesto por ocho volúmenes, en donde analiza diversos conflictos armados teniendo en cuenta planteamientos, motivaciones y ejecuciones, desde una mirada táctica pero también filosófica. Tras su repentina muerte por cólera en 1831, su obra no pudo ser completada. De todos modos, sus escritos fueron publicados por su esposa un año después.

La definición de la teoría clausewitziana la podemos encontrar en el libro II de *Vom Kriege*, la cual “constituye el equivalente de una epistemología, de una teoría de la teoría, no sin enriquecer aquí y allá, la definición de la guerra misma” (Aron, R. 1988, 115). Según esta interpretación, estamos frente a una concepción normativa de la guerra en Clausewitz, en el sentido que no ofrece un repertorio de instrucciones abstractas sin considerar el contexto. Su teoría no tiene una pretensión universalista ni mucho menos. Sus pensamientos están influenciados por el desarrollo de la Revolución Francesa y los fracasos del ejército prusiano sobre las tropas napoleónicas. De ahí que considere que la teoría de la guerra del momento era deficiente por pensarla solo circunscripta a lo militar. La base de su teoría se encuentra, entonces, tanto en la modificación de los cuadros militares, como en la misma sociedad de Prusia.

Guerra y política son los conceptos que se entrelazan de múltiples maneras en la teoría de Clausewitz. Detrás de la guerra siempre encontramos un acto político, decisiones políticas, y, sobre todo, intencionalidades políticas. En otras palabras, considera a la guerra como un instrumento de la política; algo que formuló con una de sus más afamadas aseveraciones: “La guerra es la continuación de la política por otros medios” (Clausewitz, C. 1980, 8º, VI B). Dicha frase nos lleva a pensar que las medidas tomadas en una guerra serían político-militares, respetando ese orden. En este sentido, se supone que los Estados que deciden iniciar una guerra ya han esclarecido cuáles son los fines y objetivos de la

contienda que comienzan, demostrando una acertada estrategia para el contexto de acción.

Clausewitz es considerado el primer teórico militar en hablar de “fuerzas morales”, base en la conducción de los enfrentamientos. La motivación, ya sea del soldado o de la sociedad en general, también es de suma importancia en el desarrollo de los enfrentamientos. Además, debemos tener en cuenta el grado de azar que puede intervenir en cualquier guerra. Así, fuerzas morales y azar representan los aspectos subjetivos y objetivos de lo impredecible en toda guerra. La guerra implica siempre consideraciones éticas y morales que deben ser parte del planteamiento militar. Algunas veces explícitas, otras implícitas, han guiado a los comandantes en aspectos como el tratamiento de prisioneros de guerra, *status* de los no combatientes, los fines de las armas empleadas, etcétera.

Uno de los aportes más importantes de este teórico, a la hora de preguntarse qué es la guerra, radica en diferenciar a la “guerra absoluta”, o duelo, de la “guerra real”. El duelo representa un esquema simplificado de lo bélico en donde se evidencian algunos elementos esenciales. Por un lado, la presencia de la violencia física, por otro lado, la polarización de fuerzas propias de cualquier contienda, y, por último, el duelo revela que la destrucción no es el fin de la utilización de la fuerza. Por el contrario, se busca la rendición de la voluntad del enemigo: se espera el sometimiento.

Las explicaciones clausewitzianas destacan en todo momento la idea de la guerra como la instauración de un nuevo dominio más que como la destrucción de las sociedades. No desconoce el componente trágico, pero decide plantearla como un fenómeno con algunas consecuencias desagradables para la conquista de la voluntad humana. La muerte del contrincante no es el objetivo, aunque puede representar una de las consecuencias de las acciones bélicas. Para Clausewitz la guerra es un hecho social y no individual. Hablamos entonces de una imagen absoluta de la guerra, netamente conceptual.

Cuando hay una guerra entre dos Estados, la política obstaculiza el movimiento ascensional hacia los extremos. Entonces, los beligerantes renuncian a llegar al extremo. Esta es la “guerra real.” En estas contiendas la política absorbe a la guerra. La guerra real es la guerra tal y como se ha

desenvuelto ciertamente en la historia. En la misma encontramos lo que Clausewitz denomina “trinidad”, es decir, los tres factores a tener en cuenta para entender su funcionamiento:

- a) El pueblo: otorga la pasión;
- b) Los generales del ejército: otorgan el valor;
- c) El gobierno: otorga la razón.

Los teóricos que hemos citado, quizás excluyendo a Clausewitz, demuestran una ambivalencia en lo que respecta a la guerra. Van de su legitimación como acto de liberación hasta la posibilidad de erradicar dicha práctica dentro de las relaciones internacionales (muy pocos hablan de la guerra civil en tanto fenómeno específico). Lo cierto es que en todos podemos observar alguna consideración en la que la guerra representa un resabio de barbarie o una amenaza al bienestar social y al cumplimiento y vigencia de la ley.

Contexto del 98 cubano

Hacia 1509, la Isla hoy conocida como Cuba fue conquistada por los españoles. El dominio sobre ella se vio amenazado en reiteradas oportunidades por otras potencias. Un claro ejemplo lo representa el hecho de que en 1762, La Habana fue tomada por los ingleses. La presencia inglesa no duró más que un par de meses hasta que las fuerzas españolas lograron, por medio del Tratado de Versalles, la reconquista. De esta manera, Cuba logró la entidad de Capitanía General, dependiendo del Virreinato de Nueva España.

Transitando la primera mitad del siglo XIX los movimientos independentistas en Hispanoamérica alcanzaban grandes logros frente a las fuerzas colonizadoras. Era la época de los primeros gobiernos patrios como punto de partida para obtener la independencia definitiva del poder metropolitano. En Cuba, la concesión del libre comercio con diversos países extranjeros, la gran cantidad de españoles en su sociedad, entre otros factores, retrasaron por casi un siglo las ansias emancipadoras.

Las relaciones entre colonia y metrópoli llegaron a un punto de inflexión hacia 1837, momento en el que las Cortes de España rechazaron

a los diputados cubanos por considerarlos representantes de una colonia y no de una provincia del Reino. A partir de aquí, los conflictos serán frecuentes, y desde 1868 hasta 1898 los enfrentamientos armados entre el ejército revolucionario y la armada española atravesarán diversas situaciones. Los posicionamientos ideológicos de dichas fuerzas versaron en función del *status* colonial. Es decir, por un lado nos encontramos con separatistas y, por otro, con autonomistas. Mientras los primeros ansiaban la independencia o, en menor medida, la anexión a Estados Unidos, los segundos dejaban clara su pretensión de continuar ligados a España.

Es necesario retomar los acontecimientos de Cuba desde 1868 y analizarlos con el objetivo de comprender el contexto real sobre el cual Martí planteó su idea de la guerra, y en la que también dejó su vida. Para ello tengamos en cuenta la Guerra de los Diez Años o Guerra Grande (1868–1878), la Guerra Chiquita (1879–1880) y la Revolución del '95.

Bajo la dirección de Carlos Manuel Céspedes, un grupo de patriotas pertenecientes a la central azucarera de La Demajagua se levantó contra la dominación española. Luego de unos días atacaron el caserío de Yara, lugar emblemático ya que allí se llevó a cabo lo que se conoce como el “Grito de Yara”, el 10 de octubre de 1868⁵.

En menos de un año lograron la conformación de una Asamblea Constituyente en la provincia del Camagüey, con Céspedes como presidente. Después de completar su trabajo, la Asamblea se reconstituyó como Cámara de Representantes, eligiendo a Salvador Cisneros Betancourt en el cargo de presidente de la misma; a Miguel Gerónimo Gutiérrez, vicepresidente, y a Antonio Agramonte e Ignacio Zambrana en el rol de secretarios. Céspedes fue electo el 12 de abril 1869 como el primer Presidente de la República en Armas y el General Manuel de Quesada (quien había peleado en México bajo Benito Juárez durante la invasión francesa a ese país), Jefe de las Fuerzas Armadas.

Una serie de desacuerdos políticos al interior de la naciente república, entre los que se destaca la conflictiva sucesión de presidentes,

5 Expresión que remite al inicio de la Guerra de los Diez Años o Guerra Grande. Representa el primer enfrentamiento armado con los españoles.

culminaron en negociaciones por la paz con España, enmarcadas dentro del conocido Pacto del Zanjón, que para muchos representa, realmente, la claudicación de los ideales libertarios⁶. El 10 de febrero de 1878, en Puerto Príncipe, se firmó dicho Pacto, que dio como resultado la pacificación de la Isla. El general Antonio Maceo no estaba de acuerdo con los términos de la supuesta paz y llevó a cabo la conocida Protesta de Baraguá; manifiesto en donde el líder revolucionario sostuvo la no consecución de los objetivos principales de la revolución: independencia y abolición de la esclavitud. La misma le dio al Zanjón un carácter de descanso. Parafraseando a Joel Mesa Falcón, fue el inicio de un paréntesis que se cierra en la Guerra de 1895 (Mesa Falcón, J. 1978, 15).

Dentro de este clima de contiendas que continuaron más allá de los acuerdos entre las fuerzas en pugna, el gobierno provisional de Cuba no desarrolló las estrategias necesarias para mantener la tranquilidad entre sus habitantes y se vio en la necesidad de renunciar (Foner, P. S. 1975; Fusi J. y A. Niño, 1996; Mesa, R. 1990). Meses más tarde se reavivó el fuego independentista con Calixto García, José Maceo y Guillermo Moncada, pero el deseo de paz del pueblo cubano no dio lugar a grandes operaciones: la conocida como Guerra Chiquita solo fue un intento fallido que no llevó a ningún lado. De todas formas es claro que el Zanjón no representaba el punto final.

El referente inmediato anterior del 98 cubano, entendido como el proceso de enfrentamiento entre Cuba, España y Estados Unidos, que culmina con la independencia tutelada de la primera de ellas bajo la dirección de la potencia del Norte, lo encontramos en los sucesos que se desarrollan a partir de 1895. José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, entre otros, como baluartes de la revolución, realizan acciones en contra de la dependencia de España y en pos de la libertad, independencia y abolición total de la esclavitud

6 Para algunos representaba la derrota de la idea de una república independiente y sin esclavos, mientras que para otros era el comienzo de un nuevo tiempo en donde prevalecía el esfuerzo por incorporar, de manera definitiva, a Cuba dentro del Estado español

Una de estas acciones es el recordado Plan Fernandina. Su nombre hace alusión al puerto de Florida desde donde saldría una flota con el objetivo de llevar hacia Cuba revolucionarios y armas para poder dar el golpe contra las fuerzas españolas. La expedición estaba compuesta por tres yates llamados *Amadís*, *Lagonda* y *Baracoa*. Los miembros que tenía esta flota simulaban ser trabajadores agrícolas, lo que justificaba la presencia de herramientas que en realidad eran armas para la guerra, sobre todo machetes. El 25 de diciembre de 1894 Martí le anunciaba a Maceo la inminente partida de los yates, pero uno de los tripulantes reveló el plan y el 14 de enero de 1895 fueron confiscados. El fracaso preocupó mucho a los independentistas.

Un mes después, el 24 de febrero de 1895, se produjo el Grito de Baire, que dio inicio a la conocida como Segunda Guerra por la Independencia de Cuba⁷. Esta continuación de la contienda de 1868 se caracterizó por la presencia de pequeños ejércitos insurrectos, mal armados y con escasas provisiones. Pero ello no fue un obstáculo y se enfrentaron exitosamente en reiteradas ocasiones a las superiores fuerzas españolas.

A un mes del estallido de la guerra, José Martí firmó, junto con Máximo Gómez, el conocido “Manifiesto de Montecristi”, que representa una síntesis de lo que debía ser la guerra contra España y la futura conformación de la república. Las discusiones giraron en torno del peso de la milicia y lo civil en el gobierno representativo. Martí entró por primera vez en combate el 19 de mayo de 1895. Máximo Gómez le sugirió permanecer en la retaguardia, pero desobedeció y avanzó con un solo compañero. Al instante fue herido de muerte, como sabemos.

El 16 de septiembre de 1895, con representantes de los distintos sectores de la Isla, se firmó en Jimaguayú una Constitución de carácter temporal. Su duración sería de dos años si antes no se conseguía la libertad. Se estipulaba la presencia de un presidente, un vicepresidente y cuatro secretarios, todos con sumo poder en la revolución (Foner, P. S. 1975, 80–81).

La mayor hazaña a destacar es la extensión de la guerra hacia Occidente. En los primeros noventa días, según Foner, se habían cubierto

7 Baire es una ciudad cercana a Santiago de Cuba.

1696 kilómetros, se disputaron 27 batallas, se tomaron 22 ciudades importantes, se capturaron más de 2000 rifles, 8000 cartuchos de munición y 3000 caballos. Una hazaña impensable para un puñado de patriotas que se enfrentaron a 124 batallones de infantería, 40 escuadrones de caballería, 16 baterías de artillería de campaña, 6701 generales y otros oficiales, 183.571 tropas individuales en línea, más de 60.000 voluntarios y guerrilleros y un sistema de trochas (Foner, P. S. 1975, 95). Las consecuencias políticas de estos logros las pagó el delegado español en Cuba, Arsenio Martínez Campos, quien dimitió de su puesto y fue suplantado por Valeriano Weyler. Para ello fue necesario atravesar el sistema de trochas implementado por los españoles desde los enfrentamientos de 1868.

Las trochas partían a la Isla de Cuba en dos, valiéndose de los accidentes naturales propios del terreno. Para poder frenar las insurrecciones de la zona de Oriente se creó la trocha de Júcaro-Morón. En lo que respecta a la protección de La Habana, nos encontramos con la trocha Mariel-Majana, frenando, también, a los mambises de Pinar del Río. De todas formas, este sistema pudo ser atravesado por Maceo antes de morir en combate.

El nuevo representante español llevó a la práctica una feroz política de reconcentración, por medio de la cual recluía a la población causando efectos devastadores para la economía de la Isla. De manera paralela, el Senado y el Congreso de los Estados Unidos, esgrimieron resoluciones separadas reconociendo la Revolución Cubana. Esto provocó tensiones entre los Estados Unidos y España, lo que desembocó en la desvinculación del General Weyler de la Isla, el nombramiento por parte del Presidente español, Práxedes Mateo Sagasta y del nuevo delegado, Ramón Blanco, quien concedió la autonomía a Cuba en asuntos domésticos en 1897. Pero las reformas llegaban tarde y el Gobierno en Armas de Cuba no las aceptó.

La inestabilidad vivida en la Isla preocupó al Cónsul de Estados Unidos en La Habana, Fitzhugh Lee. En comunicación con el Presidente McKinley le aconsejó el envío de refuerzos. En este contexto llegó a aguas del Caribe el acorazado *Maine*. En la noche del 15 de febrero de 1898, una tremenda explosión destruyó completamente el barco, matando a dos oficiales y 264 marineros.

El siniestro del *Maine* –para muchos autores el *casus belli*–, fue el acontecimiento que provocó, el día 24 de abril de 1898, la declaración de guerra de Estados Unidos a España. La guerra continuó hasta julio del mismo año; momento en el que la destrozada potencia española comenzó con las tratativas de paz. La misma se firmó en París el 10 de diciembre de 1898, dando como resultado la culminación de la dominación de España sobre Cuba, Puerto Rico, Guam y el Archipiélago de Filipinas. Finalizaba una dominación, pero surgía otra, la de Estados Unidos, claramente interesada en el rédito económico del Caribe. En 1898, por primera vez una potencia que no era europea, y que incluso había sido colonia del Viejo Continente, emprendía el camino de “comandar” los designios de una considerable cantidad de territorios hasta el momento coloniales.

El interés geográfico del país del Norte sobre el resto del Continente era claro desde 1823 con los movimientos hacia el Sur. Ya en 1824, las bases de la política expansionista de Estados Unidos sobre Hispanoamérica quedaban claras en las palabras del por entonces presidente Monroe. Su doctrina consideraba que ninguna potencia europea debía tener soberanía sobre territorio americano. Así, Estados Unidos extendió su frontera hacia el Oeste, ocupando territorios limítrofes de potencias europeas en la región⁸. El plan era claro: abarcar una franja considerable desde el Atlántico hasta el Pacífico. Luego de obtener Hawaii, una de las adquisiciones que más funcionalidad tenía para su plan, fue Filipinas: pasaban a ser el centro geográfico de los imperios de Asia oriental. Si a esto sumamos que la victoria sobre España también les permitió apoderarse de Cuba y Puerto Rico, la conclusión es obvia: se había cumplido con el Destino Manifiesto; doctrina que avalaba y justificaba el accionar imperialista a través de argumentos sustentados en basamentos morales, políticos, estratégicos y filosóficos.

En este sentido tenemos que entender la guerra hispano-cubano-americana como un enfrentamiento imperialista que tenía como objetivo

8 En 1803 Francia vendió la Luisiana; la península de Florida fue comprada a España en 1821; entre 1845 y 1848 ocuparon por la fuerza California, Nuevo México y Texas; en 1867, Rusia vendió Alaska.

el control de territorios y mercados. Ya desde hacía por lo menos cuarenta años que el capitalismo había alcanzado carácter hegemónico como sistema mundial económico, lo que llevó a Estados Unidos a poder lograr sobre Hispanoamérica el incremento de las tareas de subordinación, tanto económicas como políticas, materializadas en el neocolonialismo propio del siglo XX, y en un tiempo no muy largo.

La guerra en el pensar, el hacer y el legitimar antiimperialista

La guerra de liberación nacional iniciada en Cuba el 24 de febrero de 1895 fue uno de los acontecimientos más importantes de América en el siglo XIX. Bajo un proyecto político ideado por José Martí, el objetivo general rondó en torno a la concepción nacionalista de independencia para la defensa de los pueblos del Continente respecto de fuerzas opresoras (Gallegos, C. 2011, 105–131).

En la mayoría de sus escritos podemos observar su dedicación al estudio y análisis, desde un pensar crítico, de las guerras anteriores que se desataron en la Isla: la Guerra de los Diez Años, como la llamada Guerra Chiquita. En general, la historiografía no ha incursionado en una mirada socio-histórico-filosófica de la guerra para Martí, sino que más bien se ha centrado en sus pensamientos militares. Los aportes del pensador cubano superan ese carácter netamente bélico de cualquier guerra y ponen en cuestión una visión política, ideológica y cultural propia de los enfrentamientos armados.

Una primera lectura de la obra martiana nos indica que son varios los adjetivos atribuidos a la guerra. La llama “revolucionaria”, “terrible”, “juiciosa”, “democrática”, “violenta”, “fanática”, “brillante”, “hermosa”, “renaciente”, “prematura”, “culta”, “necesaria” y “rápida”.

La idea principal de Martí hasta el día de su muerte fue la de una guerra rápida, teniendo a su vez en el frente de combate al tiempo, entendido como la posibilidad de reacción del atacado. La idea de guerra de Martí también está vinculada con concebir la necesidad de la misma como un acto de justicia inmerso en un proyecto emancipador tendiente a generar modificaciones estructurales en la vida de los hombres. Y esas

modificaciones se vinculan con el disfrute de derechos y una vida digna como eje central del desarrollo del pueblo cubano.

La guerra como acto de justicia prepara el camino para lo que Kant denominaba la paz perpetua, en donde Martí ve la posibilidad del equilibrio del mundo. Sostiene el Apóstol que no se les pide a los cubanos que sacrifiquen sus vidas en una contienda por la independencia política “si con ella no fuese esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo” (Martí, J. 2001, t. 4, 100). Para él, la guerra por la independencia de Cuba y Puerto Rico “es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aun vacilante del mundo” (Martí, J. 2001, t. 4, 100–101).

Plantea una idea de guerra sin odios, guiada por el amor. Maquiavelo sostiene lo mismo como expusimos anteriormente: el amor y la paz representan el faro de los militares en una guerra al servicio de la justicia y la libertad universales. En este sentido, retoma los postulados de Vitoria y dice “mil veces la justicia se ha perdido por la exageración de la violencia” (Martí, J. 2001, t. 4, 159), por eso insiste en que solo se justifica la guerra justa: “Si no excusa la justicia la violencia que se comete en su nombre, ésta no desvanece la razón leal de que es exceso” (Martí, J. 2001, t. 4, 69).

Para Martí la justicia representa “la acomodación del derecho positivo al natural” (Martí, J. 2001, t. 7, 101). De alguna se aleja del iusnaturalismo racionalista moderno hobbesiano, citado en páginas anteriores, pero comulga con el roussoniano. Según esta teoría jurídica se considera que el hombre es libre por naturaleza y siempre debe luchar si se siente privado del derecho natural a la libertad. De esta manera va a afirmar que la guerra de liberación es justa porque responde a un derecho natural, y en este sentido la violencia debe ajustarse a lo que prescribe ese derecho sin llegar a los excesos que tornarían la lucha en injusta. No debemos olvidar la influencia de los escritos de Karl Krause en Martí, cuando exiliado en España, estudia derecho y toma contacto con las teorías del filósofo alemán. Al igual que se observa esta influencia en los escritos del portorriqueño Eugenio María de Hostos, en que fueron retomados postulados del liberalismo krausista en donde el hombre actúa para mejorar la sociedad. En

este sentido, consideran que el acto de la guerra se realiza para beneficio de todos.

La guerra en Martí también revela un valor de dignidad. Porque “la dignidad del hombre es su independencia” (Martí, J. 2001, t. 4, 150), por ello es que todo hombre tiene el deber de extender su libertad a los demás. Y esta reivindicación de la dignidad propia de un pueblo se daría inevitablemente, para Martí, por medio de la guerra; esa sería la vía. Y bien claro lo dice: “esta no es la revolución de la cólera, es la revolución de la reflexión” (Martí, J. 1988, 107).

Martí vivió en el extranjero durante varios años, lo que lo llevó a fundar el liberalismo en la justicia y la solidaridad entre los pueblos. Sostenía que la guerra en Cuba era necesaria para hacer justicia, para garantizar la justicia social, para equilibrar las clases y preservar la libertad. Por eso nos dice:

... la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de la república norteamericana... (Martí, J. 2001, t.. 3, 143).

Las acepciones que Martí le imprimió a la guerra se vieron frustradas en la praxis por una serie de acontecimientos. El primero de ellos fue su propia muerte al inicio de las contiendas, a lo que se suma la muerte de Antonio Maceo y la intervención en el conflicto armado de los Estados Unidos, desatando una guerra hispano-cubano-norteamericana, con la consiguiente ocupación de la Isla y la mediatización de la república, que nacerá el 20 de mayo de 1902, con el apéndice neocolonial de la Enmienda Platt⁹.

⁹Ley del Congreso de Estados Unidos impuesta como apéndice a la Constitución cubana a principios del siglo XX, bajo la amenaza de que de no pacificarse la Isla, permanecería ocupada militarmente.

En sus poesías, cuando José Martí refiere el tema de la guerra, lo hace desde pares de conceptos dicotómicos estableciendo, de esta manera, una visión muy original: castigo / perdón; agresión / caridad; ofensa / amor. Dentro de su vasta obra poética podemos encontrar el sentido de esta idea de la guerra, como es el caso del poema XXXVI de sus *Versos Sencillos* donde, por medio de la metáfora, aclara la complejidad de la esencia de la misma:

... Ya sé: de carne se puede / Hacer una flor; se puede / Con el poder del cariño, / Hacer un cielo, ¡y un niño! / De carne se hace también / El alacrán; y también / El gusano de la rosa, / Y la lechuza espantosa... (Martí, J. 2002, 52).

Así como en la poesía, en gran parte de su intercambio epistolar con personalidades del mundo o en sus columnas en diarios de toda América, deja siempre en claro su idea de la guerra:

... la guerra es poética y se nutre de leyendas y asombros. La guerra no es serventesio repulido con ribete de consonante y encaje de acentos. La guerra es oda. Quiere caballos a escape, cabezas desmelenadas, ataques imprevistos, mentiras gloriosas, muertes divinas... (Martí, J. 2001, t. 13, 124–125).

Y de esos pares dicotómicos de conceptos sobre la guerra, Martí decide resaltar el aspecto positivo. Por eso es que rescata como característica esencial el tema de que la guerra debe ser, sobre todo, breve. Su idea de las acciones en 1895 iban en ese sentido, pero Fernandina fracasó y la brevedad de la guerra se dio en el sentido inverso al de Martí. Así, en una de las cartas que le escribe a Figueredo le comenta acerca del fracaso de la Guerra Chiquita y su idea de “una guerra fuerte, breve y republicana”. Incluso en una carta a Gómez escrita en Montecristi sostiene: “... usted verá cómo a guerra rápida y amor encendemos el país” (Martí, J. 2001, t. 4, 90). El 15 de abril de 1895, en una carta a Gonzalo Quesada reafirma su idea de brevedad en el conflicto: “...mil armas más, y parque para un año,

y hemos vencido...” (Martí, J. 2001, t. 4, 129).

Será en el “Manifiesto de Montecristi”, escrito junto a Máximo Gómez, donde considere a la guerra como un suceso político de continuidad que viene desde 1868, con objetivos claros que se repiten en el trayecto que atraviesa la revolución en Cuba. Dice abiertamente:

... la guerra no es el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; ni la tentativa caprichosa de una independencia más temida que útil, [...] sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquiere mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla... (Martí, J. 2001, t. 4, 93–94).

Y añade para concluir:

... en la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudieran embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos... (Martí, J. 2001, t. 4, 93–94).

Retomando el tema sobre la lectura de las guerras de su patria, Martí recuerda el levantamiento de Céspedes dejando en claro otro de los aspectos de su ideal de guerra:

... sí, aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria... (Martí, J. 2001, t. 4, 236).

El mismo discurso citado anteriormente muestra también los inconvenientes a la hora de reorganizar las fuerzas y la reserva que algunos hombres tenían con las ideas de Martí:

No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora, y bajará del cielo, pronto y bien armado... (Martí, J. 2001, t. 4, 254).

Era evidente el empeño de José Martí en la guerra y en unir a los cubanos, porque esas situaciones eran amalgamas. Sostenía que la guerra era el fundamento de la unión y no la unión el fundamento de la guerra.

El Apóstol de la revolución también fomentó los ideales morales de los patriotas para evitar que los vicios propios de los humanos alejaran al hombre de los ideales libertarios, como dejan ver los escritos de Clausewitz y Kant. Todos rescatan las cualidades éticas. Y así lo deja en claro en el “Manifiesto de Montecristi”:

... la guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun más amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni el desorden ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aun llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible solo con el vicio, el crimen y la inhumanidad... (Martí, J. 2001, t. 4, 94).

La diferencia que encontramos en la guerra para Martí con respecto al resto de los movimientos anticolonialistas latinoamericanos radica en que la conducción política la realiza un partido político: el Partido Revolucionario Cubano (PRC). Fue la única revolución contra el imperio español que no fue liderada por un caudillo ni por un grupo de la burguesía criolla. Asimismo, destacamos que ese partido era policlasista, bajo la dirección de la intelectualidad, con representantes de sectores obreros y jefes militares nacionalistas que, como Antonio Maceo y Máximo Gómez, habían participado en la primera guerra de liberación de los Diez Años.

Y justamente allí reside una de las principales diferencias con las guerras anticolonialistas de los revolucionarios de 1810. La guerra para Martí, además de ser anticolonialista, es antiimperialista, porque Cuba sufría, al mismo tiempo, la opresión de los Estados Unidos.

El carácter político y social de la guerra dado por Martí lo reafirman todos los artículos de las Bases y Estatutos del Partido Revolucionario Cubano por él redactado, en los cuales anuncia reunir:

... los elementos de revolución hoy existentes y allegará sin compromisos inmorales con un pueblo u hombre algún [...] a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica señala... (Vitier, C. 1996, 161).

No solamente en la teoría Martí se relacionó con la guerra. También fue un osado militar que dejó su vida en el campo de batalla el 19 de mayo de 1895 en Dos Ríos. Llevó a cabo un movimiento insurreccional y creó el Partido Revolucionario Cubano, con el objetivo de dirigir la guerra y la revolución. En esta organización, de tinte multiclasista, incorporó veteranos y jóvenes, apodados “pinos nuevos”. De esta manera considera también que la guerra es un procedimiento político, que se encuentra a cargo de un partido político, como fue el Partido Revolucionario Cubano (Martí, J. 1992, 84).

Martí sostiene que la guerra es el componente fundamental para la liberación nacional, no solo por acumular fuerzas suficientes más allá de los marcos coloniales, sino porque su propósito supera la independencia de un país. Piensa en la verdadera fundación de una sociedad, en donde también oprimidos, indios y negros colaboren en la realización de profundos cambios individuales y colectivos.

Queda claro que no bastaba con quebrar el vínculo colonial español, sino que también era necesario romper la dependencia económica con Estados Unidos, que ya había logrado el control de los ingenios azucareros y de la producción tabacalera gracias a las fuertes inversiones de capital monopólico. En este sentido, el anticolonialismo de Martí era a la vez antiimperialismo.

En alusión a lo anteriormente mencionado, es menester destacar la Conferencia Monetaria Panamericana de 1891. Allí, Martí señaló las características esenciales de lo que posteriormente sería la dependencia económica:

Quién dice unión económica, dice unión política [...]. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad [...]. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político [...], el pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios (Martí, J. 2001, t. 6, 160).

La idea de remarcar este punto radica en la doble dependencia que sufría Cuba con respecto a España y Estados Unidos, que desde inicios del siglo XIX había desplazado a la metrópoli colonial del comercio de importación y exportación de la Isla.

En la práctica, Martí tenía claros los objetivos de su lucha en la guerra: la unión de los cubanos y la negación a cualquier tipo de anexión a Estados Unidos, ya que para él esto significaba la expansión imperialista por las tierras de América. De hecho lo dice taxativamente: "...viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David..." (Martí, J. 2001, t. 4, 168).

El accionar de Martí en la guerra se circunscribe, sobre todo, a los hechos acaecidos hacia 1895, a los cuales los consideró una continuación

de las contiendas de 1868. Pero los preparativos para llevar a cabo la Guerra Necesaria son anteriores. Ya desde la firma del Pacto del Zanjón, por medio del cual culmina la Guerra de los Diez Años hacia 1878, Martí buscó la liberación de Cuba por medio de la Guerra Necesaria, a través de, por ejemplo, la reorganización del PRC, porque consideraba que las mayores concesiones que ese escrito esgrimía no se acercaban en nada a su idea de Cuba. Es por eso que desde el exilio exclamó:

¡Creen que vuelvo a mi patria! ¡Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido. Yo no tengo patria hasta que la conquiste. Voy a una tierra extraña donde no me conocen, y donde, desde que me sospechen, me temerán... (Martí, J. 2002, 45).

Sus aliados incondicionales en la lucha fueron Máximo Gómez y Antonio Maceo, a los cuales se suman la lealtad de viejos y nuevos combatientes, blancos y negros, todos bajo el objetivo único de la libertad. Como le escribiera a Rodolfo Menéndez el 3 de mayo de 1894:

... se produce hoy en nuestra Patria una situación revolucionaria ya madura, no por capricho de nuestro deseo ni pujo intenso de la emigración, sino por la confianza, aunque justa, por mí mismo inesperada, de la gesta activa y virtuosa del país en la obra desinteresada y ordenada de la emigración, y por las persecuciones ya apenas encubiertas del gobierno que amenazan, si no se les estorba a tiempo, mermar o desmigajar en el país las fuerzas de la revolución... (Martí, J. 2001, t. 3, 171).

Martí enfrenta la guerra junto con representantes de los sectores más radicales de las capas medias de la sociedad, en donde los trabajadores cubanos participaban activamente, generando un proceso democrático revolucionario y de liberación nacional. Con el comienzo de la Guerra de 1895, estas ideas republicanas a las que se asocia la lucha, se encuentran en íntima relación con un sentimiento latinoamericanista y antiimperialista.

Como bien decía, "... el tentáculo del pulpo yanqui se extendió sobre nuestro territorio para arrebataros la victoria inminente..." (Martí, J. 2001, t. 4, 169).

Y así como no comulgaba con el naciente imperio del Norte, sabía también que con España no había negociación posible; que el único camino era el enfrentamiento armado, ordenado, breve y necesario, y esto queda muy patente en un poema dramático, llamado *Abdala*, escrito a sus 15 años:

¡A la guerra corred! ¡A la batalla, / Y de escudo te sirva, oh patria mía / El bélico valor de nuestras almas; [...] / Quien a su patria defender ansía / Ni en sangre ni en obstáculos repara; / ya herido en el combate confiesa ante la muerte: / ¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere / Luchando audaz por defender la patria! (Martí, J. 1869, 20–22).

En algún punto pareciera que a tan temprana edad estaba escribiendo su propio futuro; principio y fin que entremezcla ficción y realidad.

Por último, resaltemos que José Martí fue un pensador, un luchador civil devenido soldado, a diferencia de Bolívar, San Martín u O'Higgins, quienes eran militares, y no extraña que vieran en las armas el mejor medio para la liberación. Lo que sí tenía bien claro era que:

... una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a su caudillo, la revolución contra las revoluciones: el levantamiento de todos los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ni ellos ni nadie vuelvan a serlo jamás... (Martí, J. 1992, 99).

Pero mientras llegaba esa revolución de "pacíficos", para lograr la independencia de Cuba, comprendió que era necesario recurrir a la fuerza.

En síntesis, Martí sostiene que la única manera para salir del colonialismo español es por medio de la guerra, como una necesidad histórica,

inclusive. A través de ella se buscaba la fundación de la república democrática con su propio gobierno soberano, que propiciaría la paz perpetua y la justicia social. La guerra no destruía, la guerra construía una nueva sociedad, por eso su empeño en preparar una que sirviera de ejemplo a todos los que la estudiaran o tomaran como referencia. En este sentido, remarcaba que la guerra en Cuba no era únicamente contra las ambiciones del naciente imperialismo estadounidense; era la lucha para lograr el equilibrio del mundo: “es un mundo lo que estamos equilibrando, no son sólo dos islas las que vamos a liberar” (Martí, J. 2001, t. 3, 142). “Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levante hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos” (Martí, J. 2001, t. 3, 143).

Referencias y bibliografía

- Abad, Diana. 1995. *De la guerra grande al Partido Revolucionario Cubano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Aron, Raymond. 1988. *Pensar la guerra, Clausewitz*. Trad. de C. Gardini. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Biagini, Hugo. 2000. *Luchas de ideas en Nuestramérica*. Buenos Aires: Leviatán
- Clausewitz, Carl von. 1980. *De la guerra*. Madrid: Ediciones Ejército.
- Fernández Vega, José. 2005. *Las guerras de la política: Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.
- Foner, Philip S. 1975. *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo. 1895-1902*. Vol. 1. Madrid: Akal Editor.
- Fusi, Juan Pablo y Antonio Niño, eds. 1996. *Antes del “desastre”. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Gallegos, Claudio. 2011. Abordaje metodológico de prensa escrita: el Seminario *Cuba Libre*. En *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*. México, UNAM, CIALC, n° 53, 105-131.
- Gallegos, Claudio. 2010. Colonialismo vs. Imperialismo en el proceso independentista cubano. En *Cuadernos Americanos*. Nueva Época. México, UNAM, CIALC, año XXIV, n° 132, 117-136.

- Maquiavelo, Nicolás. 2002. *Del arte de la guerra*. Buenos Aires: Quadrata Editor.
- Martí, José. 1869. *Abdala. Escrito expresamente para la patria*. La Habana: La Patria Libre.
- Martí, José. 1988. *Cuadernos de Apuntes*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martí, José. 1992. *Obras Escogidas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martí, José. 2001. *Obras Completas* (26 tomos). La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- Martí, José. 2002. Versos Sencillos. Publicaciones de Aula de Letras. http://www.metro.inter.edu/cai/jose_marti/Vol16.pdf
- Mesa Falcón, Joel, comp. 1978. *Antonio Maceo*. Santiago de Cuba: Oriente.
- Mesa, Roberto. 1990. *El colonialismo en la crisis del XIX español: esclavitud y trabajo libre en Cuba*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Tone, John Lawrence. 2008. *Guerra y genocidio en Cuba: 1895–1898*. Madrid: Turner.
- Vitier, Cintio. 1996. *Selección. Cuadernos Martianos III*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.